

de provocar una fusión imposible, porque sobre mí pasa como gota de azogue sobre plancha de vidrio.

Mi espíritu, ávido de hallar su gemelo, está esperando el tuyo, amada mía!



### Un alma triste.

A JOSE JUAN TABLADA.

Junto al bullente fontanar, como queriendo subir y quizás por la fatiga exhalando humillo azul, entre higueras y nogales, el rancho de Dionisio se echa para atrás, temiendo rodar empujado por el monte. Bajo techados que sostienen horquetas de madroño, cabecean las mulas inquietas, esperando el carro diminuto que de una galopada plantan de porrazo en el puebluco; mientras el airecillo que trae hedentina de estercoleros, sacude los encinos y los tepozanes que custodian la lente de un pozo ruin. Ollones desgolletados sirven de macetas cuyas plantas son tomillo, yerbabuena y mejorana; granza de cebada y pedazos de costera recargados en el muro forman la casa del perro pitañoso, porque las gallinas duermen al raso, bajo las rudas hediondas ó las retamas llenas de vainillas reseca.

Sólo el cerdo gruñón no tiene lecho por molesto y bribonazo!

A derecha é izquierda de la puërta están armónicamente colocados racimos de mazorcas blancas, amarillas y rojas y una cabeza de ciervo empajado. Dentro, en obscuro rincón, la escopeta ferrugienta, sosteniendo los morrales de cáñamo y el polvorín formado con un cuerno; ocupando medio cuarto, arvejones y habichuelas, y en el otro rincón, sobre tablas pulidas, esteras delgadas y sonoras almohadas de hojas secas. A un costado del ranchejo está la cocina de humo, siempre tibia por la hoguera perenne de varejones aromosos, y por último ancho claro de ventana sin marco lleva al monte émpenachado de oyameles.

Desde aquí se mira el pardo caserío, como una gigantesca fábrica hundida, de la que asoman sólo chimeneas; la hacienda de San Joaquín, que parece una perrera en el inmenso trigal que empieza á granear, y algunas rancherías como pintadas con almagre.

Trepando el monte frontudo ¡quién sabe qué admiración se nos entra por los ojos! A poco andar está una plazoleta de césped, en donde cuentan que tienen sus peleas coyotes desconfiados y perros garrudos; en redor la fosca selva que hacia el Sur, en vertiginosa rampa, desciende á Joquitzingo; rampa tan pronunciada, que suspenso he quedado ante el camino terso en la perspectiva, como pista de boliche

por la cual ha rodado el sol que nace como bola de fuego!

Muy lejos brillan ríos como cenefas de plata, y los oscuros techos de Jajalpa fingen pardos cobertores tendidos sobre arbustillos.

En la madrugada ¡qué atención respira todo! La neblina, como inmenso cortinaje desprendido de los clavos de los astros, cubre con su blancura el valle; los muérdagos simulan erizos brillantes por el lloro de la noche; las húmedas arenas guardan las huellas de los tejones ariscos; cardos engrifados y pinos hilachosos parecen callar, y cuando los frondajes comienzan á silbar levemente, el toldo enorme de la neblina se fragmenta diluyéndose en la atmósfera gris. Y el sol asciende lento como una inmensa burbuja de oro rojizo!

Los troncos de los árboles, ya gachos ó bien rectos, entrecruzándose fingen ventanas multiformes que dan al espacio azul, á los campos ondulantes. á los pueblecillos que dormitan acurrucados en las vagas lejanías.

El céfiro trasciende á resina y á perfume de thé silvestre; aquí lamosas cortezas, allá peñascos blanquecinos por los helechos que parecen escurrimientos de cal viva, y más allá todavía una trabazón de bejucos y enredaderas tupidas.

¡Y sin sentir, la vereda culebreante conduce nuevamente á casa de Dionisio! ¡Y hay que ver los almuerzos cotidianos!

Trozos de tasajo churruscado con su poquillo de chile y su aroma de ajo crudo, caldillo de amarillas habas con plumas de perejil... ¡Viendo aquello se traban las quijadas de pura ansia! Porque para la pobreza que corre, este Dionisio tiene un fortunón: el borrico emballestado, la vaca paridora, lechoncillos, un par de mulos de finos corvejones, que apenas quitados del arado relinchan y corretean como después de largo descansar, y algunos pedazos de tierra que le dan el pan.

¡Y vaya si sabe hacer la lucha! ¡Bueno de veras para torceduras, pasmazones y sobrehuesos de animales! Albeitar así.... por lo que Dios le ha metido en la sesera! ¡Pero fino el hombre para esas cosas!

¡Ni qué hablar de su valor y fuerza! El sabe en qué lugar del pechazo le truena el corazón! No importa que sea desquijarado y medio, si dentro está la miel! ¡Y qué no sabe hacer!...

El prepara la armada en la límpida laguna de Jajalpa. Primero recuenta las parvadas de patos silvestres que se antojan flotillas de góndolas, y después, calzón á la rodilla, va tendiendo sobre un lecho de tule y popotillos larguísima hilera de cañones de fusil, como una gigantesca flauta de Pan, que espera solamente para rociar balines el incendio de la pólvora que les une. Bueyes amañados y panzudos empujan á la muerte á aquellas góndolas que caen destrozadas ó flotan y se dispersan cuando las ocultas bocas eu-

yo aliento se cuaja en parda nube, vomitan perdigones.

Abalea trigo, curar mal de ojo, fruncir arneros, todo lo sabe! Pero nada tan bien como templar calores en los hornos de carbón! El encino más rudo, de corteza contraída como piel reseca, de brazos crispados que muestran ásperas cazoletas que albergaron bellotas barnizadas, ese como inmensa esponja gris, al golpe tenaz del hacha de Dionisio viene á tierra como un acahual enteco. Y al menudear de sus hachazos firmes se convierte el árbol en montón de rajadas olorosas cubierto con tabaquillo y varejones de jara, que á su vez desaparecen bajo paletadas de tierra apelmazada á puñetazos. Aquella cabeza al rape, con dos agujeros por ojos, es un horno de carbón. Y al diablo todo si al encenderse por dentro se resquebraja la bóveda! Se torna ceniza!...

En la noche, ¡qué par de enchilados ojos aquellos color de ladrillo ó de manos vistas al trasluz! Respiraderos rojizos como antiparras de lumbre sobre ancha cabeza calva!...

Dionisio ríe, y de cuando en cuando clava el hurgón que le sirve para medir las horas, según el chirrido de la gota de saliva que tiembla como araña cristalina al caer sobre el hierro candente. Las ráfagas sacuden los frondajes que susurran y se agitan como azotados por ciegos espíritus invisibles, y el horno resuella y truena como las mandíbulas de un tigre

que masticara la hosamenta de un becerro!

En la barranca lóbrega, todo cobra aspecto fantástico; un escaramujo parece serpiente con uñas; aquel peñasco, un bandido que al andar mueva las matas; pero.... Dionisio no ve visiones; el árbol, es árbol; la peña, peña. Se acucilla frente á chisposa lumbrada de hojas secas vigilando el horno; pero el calorcillo le traiciona y se va quedando dormido; el perro ahoga entre las manos refunfuños amenazantes, suena la chamarasca, rechinan los madroños como en ciclópea flexión, se quiebra una rama; de pronto, silencio profundo apaga todo murmurio, y á poco empieza el anhélito del viento que ya sopla ó bien se aduerme. Pasa la noche fatigosa y muda. El buho sopla su calabazo vacío, y al amanecer, el frío hace estremecer la selva; el cielo ceniciento, luego pajizo, después bermejo y al fin escarlata, se aclara; un gorrión chiquirritín trova cánticos de fiesta en la punta recorva de un pino; en los trémulos aires viajan perfumes de claveles, y el sol que asoma por la rampa del camino, parece que desde alturas enormes cayó estrellándose en las rocas!

Dionisio acucillado y dormido no vió el destrozo; pero en la noche se abrió una grieta y el cierzo tiritante, tal vez por calentarse, sopló como un fuelle convirtiendo en cenicero el árbol hermosísimo. En la humosa cañada parecía que habían prendido mil morteros con bronce, cuyos frag-

mentos—las estrellas—se habían ido á clavar muy alto!

La brisa helada le despierta; estira los encanijados miembros, se estrega la raleza de su barba y gime contemplando la ceniza:

—Maldito sueño de lechón! La hedentina de los mirtos, la flojera que da el calor de los tizones.... ¡me dormí! ¡Maldito sueño!

Remueve los tizones con la pala y mascullando palabras ininteligibles, seguido á trote rítmico por el perro alobunado, toma la vereda que conduce á su ranchejo, donde sus hijos le aguardan con el almuerzo apetitoso: carne sancochada, chile verde en salsa.... ¡qué aguanosa pónese la boca viendo aquello! ¡Caramba, si eso pica!

Llega y grita desde el umbral: se perdió el trabajo y el dinero; me dormí!

Suelta el hurgón, pone la tilma de lana sobre un banquillo lustroso, y ya sentado acerca las manos á la lumbré.

¡Vaya un frío!.... ¡Estoy medio muerto!

Almuerza, y el medio día le encuentra afañadísimo, trabando y limando los dientes de la sierra para trozar nuevos árboles y hacer nuevos hornos, ó con el agudo guincho de las yuntas anda espiando la salida de los topos. ¡El viejo no pára! Emblandecer las sogas de cuero crudo con enjundia, arrollar á los filetes de las caballerías saliveras de cobre ó embetunar las cabezadas y los collares, él no pára!

A la hora de la siesta calurosa, toma la

escopeta ferrugienta y bajo los nevados tepozanes espía mañosamente á las palomas que allí se arrullan y sombrean. El sol riega vidrios en montes y caminos; el dorado suelo parece corriente de agua quieta sobre la cual se reflejan las trémulas copas de los saúces. La seroja se mueve al viento cual si por debajo corriera escurriéndose una víbora. Agazapado espera Dionisio; de pronto, ¡fuego! y como algodón disputado por ráfagas, el humo de la escopeta se alarga en todas direcciones, y de la tortolilla muerta que cierra los ojitos brillantes como dos granallas, vuelan asustadas las plumas. Pasan abejones desenrollando la cuerda de su reloj, como dice Dionisio; pero ¡diantre! si él puede regalarle hasta dos puñetazos á cualquier hablador.... pero matar palomas, cuando su hija Magdalena le ha prohibido.... ¡Vamos, si es un canalla!....

Y al llegar al holliniento jacal avienta el mosquete en un rincón.

El campo todo presenta manchas enormes, como de agua que va siendo absorbida por las tierras adyacentes; son las grandes sombras de las montañas que el sol ha echado sobre el plan. Con lentitud é insensibilidad de sueño muere la luz; rudo garganteo de pastores tiembla en los aires y lumbres de chozas dispersas parecen linternas en manos de una patrulla que anduviera buscando un ladrón. ¡Qué suavidad, qué paz!

Vaga, levantándose apenas, parece la

luna roja farola prendida en el boscaje.

En su choza ve Dionisio con fijeza de fascinación la sangrienta lumbre. Hoy también hace un año el horno de encino en amarguras y cenizas se convirtió. Él no quería pelear; Pedro, por envidioso, buscó pendencia. Mira, hombre, le decía; siembra otro surco de mi terreno y quedamos en paz. Lo que tú creas que sembré tuyo, lo devuelvo. ¡Qué son unas mazorcas! ¡Necio, necio y necio! Me quiso tumbar para pegarme; me hice á un lado, y al dar él sobre el horno.... ¡Jesús!..... ¡quedó cocido!....

Y Dionisio tiembla con escalofríos de terror! ...





## Las Brujas.

---

A JOSE M<sup>a</sup> LOZANO.

Los preparativos de la bucólica principiaron la víspera. La indígena Dionisia —la hipocritona criada del ranchejo de mi padre— descabezó un pollón, untó de chile y ajo unas varas de carne acecina-da, puso á macerar en vinagrillo cargado de sal unos jarales, coció algunos huevos de gallina, y con masa de maíz, bien enmantecada, hizo tres docenas de bollitos que albergó cariñosamente mi morral de malla oliente á plumón de pájaro y á pólvora. Naturalmente había yo limpiado mi escopetón sarnoso con la baqueta cacarañada, bolas de ixtle como capullos y aguardiente rebajado. Había probado la limpieza del oído, haciendo explotar un fulminante; ya estaban repletos los cuernos que me servían de municionero y polvorín respectivamente, y mi buído cuchillo de mon-

te esperaba en su funda de vaqueta próximas proezas. Me acordé de Tartarín y de todos los exploradores del Africa misteriosa, y previo mi acostumbrado Padre Nuestro—no sin recomendar antes á Juan Arriaga, mi ahijado de escapulario, que oscura la mañana me despertara—me arropé castañeando los dientes y estuve largo rato despierto, arrullado por el viento que aullaba en los tejados y sacudía nerviosamente las puertas.

¿Sería efectivamente el viento quien hacía trepidar el techo quejumbroso? En las trojes canta el tecolote, parpadeando lentamente, y dicen que cuando canta muere el indio . . . . ¿Amanecerá muerta Dionisia? La oigo respirar con fatiga, y me parece que llora muy quedo. . . .

Estas leyendas de los campos, relatadas vigorosamente y con fé profunda por los labriegos, se graban con tal fiereza en el sensorio, que las creemos tan verdaderas como las rocas, y los montes y los árboles que tiemblan en las noches, de pavor tal vez ó quizá de frío.

En los potreros silbantes destinados á que pazca la yeguada, corren á media noche las bolas de lumbré, que se apagan de súbito en las zanjas, ó trepan por el camino de San Joaquín, igual que si tuvieran piés.

Son las brujas, las maléficás brujas que dejaron las piernas en cruz sobre el rescoldo que abandonó la lumbrada, corren á chupar la sangre de los niños inocentes

que nacen y mueren felices en las campañas silenciosas.

Dios mío! ¿Pero es verdad que son las brujas quienes tornan ictericos á los robustos niños? ¿Son ellas quienes sirviéndose de un muñeco repleto de calandrajos, pinchado con púas de maguey y enterrado bajo los saucos retorcidos, producen los dolores de estómago que poco á poco matan enflaqueciendo al campesino?

La madre de Dionisia murió embrujada! Escondía una gusanera en la barriga, y los dedos se le torcieron como crudas correhuelas. Al mismo tiempo que ella, murió el becerrillo granizado! Y no valieron ni el zahumerio de azufre, venas y hepazote, ni el huevo recién puesto que le fué pasado desde los ojos pitañosos hasta las uñas rojizas. Murió, y cuando roto el cascarón del huevo, cayó en el vaso de agua fría, aparecieron en el fondo, formados con la albúmina, dos ojos saltones idénticos á los de una bruja de Santiaguito. ¡Ni que dudar!o!

¡Y las cosas que han hecho las malvadas! Aquel pobre de Amador que una mañana nublosa salió con el hacha al hombro á tumbar un hoyamel, desapareció quince días, hasta que uno de los pastores de este rancho llegó una tarde, tartajoso de espanto, á decir que había encontrado á orillas de la barranca de «Loma Alta» el ceñidor y el hacha de Amador. ¡Y fuimos allá todos! Efectivamente, el hoyamel á medio tumbar, dise-

minados las tibias y los fémures, y como á cien metros la calavera roída bruscamente. Fueron, según afirmaba Dionisia, las maléficás brujas que habían prometido al hombrachón, soplándole muy bajo en las orejas, una muerte siniestra. Todavía existe la cruz que marca el lugar de los sucesos, piadosamente adornada por musgos verdinegros y enredaderas silvestres. En los brazos dicen que se posa un chorlito, y horas enteras pasa emitiendo su chirrido quejumbroso y extraño. ¿Será el alma de Amador?

Y lo curioso fué que don Simón Torres, padre de Amador, creyó en el maleficio de las brujas, pero juzgó que los perros de nuestros pastores y los coyotes que aúllan como llorando, se habían repartido á mordiscos, en una fanfurreña feroz, el cuerpo de su hijo, y amasando carne tierna y vidrio molido logró que los perros bravucones y fieles murieran, despedazándose el labio inferior poseídos de horrible desesperación. Hizo mal, y allá él con Nuestro Padre Jesús de Villahelada!

En esa barranca de «Loma Alta,» en un pozo naturalmente formado, echaron las brujas al tío de Dionisia con el asnillo pacífico que se volvió retozón y echó sus corvetas al pasar por el barranco. El viejo estaba desnucado, y el pollino, rígido ya, parecía reírse mostrando su larga dentadura y sus ojazos vizcos.

Alguna vez persiguiendo á un pitorreal, bajé á la Cañada fatídica, y volví admira-

do de aquella vegetación exhúbera. Largas palmas como abanicos de odalisca, helechos cenicientos, esbeltos popotillos como nube de moscos diminutos en redor de un alfiler metálico y largo.... ¡Qué sé yo!.....

Súbitamente me asaltaron las leyendas de aquel sitio, y un golpe helado de viento me hizo desfallecer. Cobré fuerzas, y aquí de un matojo de zacatón, y allá de una desmochada rama de encina, fatigado y lleno de pavor llegué á los bordes iluminados por el sol, que calmó un poquillo los acelerados latidos de mi corazón.

El bosque tenía la solemnidad de las cosas excelsas de la tierra. Cerca, se partió un ramujo reseco, cantó un pajarraco extrañamente, tronó con fuerza la hojarasca, y trémulo, con la frente sudorosa y sintiendo el ligero fusil pesado como un cañón, partí á escape, cayendo y levantando, hasta desembocar jadeante en un barbecho donde el gañán, tranquilo, trazaba con el arado pautas y más pautas!

¡Malditas brujas!

Me senté en un pedrusco, y un sapito se puso á cantar como si tuviera hipo. Sobreexcitada mi fantasía, creí que era una bruja transformada, y sin pensar en lo risible de mis actos, tomé rápidamente el camino de la Hacienda, en cuyo techo un pajarillo parecía decirme: tonto, tonto y tonto!.....





## Almas Fuertes.

---

A MANUEL LOMBARDINI.

Todavía se oyen maúlos de gatos en horcones y tejavanes caedizos de la granja que despierta, y ya viene tío Nicho—labriego madrugón—descendiendo veredas que conducen á Villahelada, donde vende sus legumbres que lleva en un caballo derrengado y trozo. Viendo su decrechez, ¡quién creería en sus ochenta años! Magro y zancajoso nunca deja el paso largo y trote menudo que obliga siempre á sus anchos calzones á cachetearse.

Anciano y caballejo dejan los primeros rastros precisos en la brillantina regada en llanos y caminos por el alba rorante. Agazápanse las biznagas como erizos friolentos; chicalotes pubígeros que muestran sus flores como blancas y ateridas mariposas, están cenizos, y matas de hinojo, despidiendo sin cesar olorillos que

marean, de su verde plumón sacuden la escarcha.

Y no yerra! El sol ha de besar sus canas en llegando á las cercas de piedra donde ordeñan las vacas de hocico halitoso; y el sol, que simula estar de acuerdo, espera y no recoge sombras de cerros hasta que la vieja y ruín caballería estampa la cabeza en la tierra. ¡Entonces sí se alza como inmensa y brusca fogarada!

¡Y qué sabe de malquerencias! Para el señor Cura su primera visita. Oyen su voz y corren á quitar las chirriantes fallibas, Teófila y Margarita, sobrinas del Cura.

—Niñas, buenos días—dice al entrar.

—Pero, qué, ¿no tiene frío?

—Nada, nada, contesta sonriendo y entregándoles un cestillo con huevos y varios manojos de legumbres.

¡Qué frío! Si suda los domingos que se pone pantalones de casimir con fondillos de cuero.

Después de oír encargos para el día siguiente, arrea su matalón á casa del sastre tartajoso que inútilmente consume su vida indiferente á todo; de allí, á ver á la prestamista cuya diversión es aventar chismes al tedio mañoso de Villahelada, como suaves madejas de hilo á bichos desocupados; y por último hace sus compras miserables al bodeguero imbécil y dengoso, que muy golpeado le despacha, como si el belliaco ese tuviera un alma fuerte, blanca y sencilla como la del tío Nicho; más

blanca que las niveas estalactitas colgadas en grutas fragosas!

Y ahí va de regreso al campo, sintiendo sabrosísimo escozor en el estómago tras el sorbo de aguardiente y con dulces ojos añiados bendiciendo el sol. El caballo, tronzando trébol y mastranzo, y él, tranquilo y feliz como un profeta, siguen silenciosamente la vereda recorrida por caléndulas y malvavisco. Suelta al animal en la fresneda móvil después de manearle, y rodeado de sus hijos, almuerza junto al fogón que mantienen chabascas de ocote. Caldillo de habas con tiras de chile y plumas de cilantro.... ¡Arre la cachimba! exclama Nicho parpadeando, y con la boca repleta al barril con flejes de bejuco y agua límpida se pega sediento.

La casa de Nicho está en la rinconada embosquecida del Xuxtépetl, patriarca de aquellas comarcas. Sombreado su techo mimbrenales, acerolos y saucos, y en los muros cuelgan de anchas estacas velludos arneros; en las orquetas de los árboles está el rastrojo para la vaca horra, y entre opulentos herbajes un pozo cuyas aguas transparentes han subido á los bordes como en ofrecimiento.

Los diez ó doce hijos de Dionisio diariamente trabajan en haciendas cercanas, y él también, de cuando en cuando, recorre algunas leguas, porque sabe derrabar y todavía tiene manos ágiles para violentos esquileos. De tarde, al hombro la hoz chicuerna, se dirige á sus prados y pasa

horas incontables cortando arisco chayotillo. Cuando atardece y gritando vuelan los pintos quebranta-huesos á las hoquedades lúbricas de robles añosos, él también, á sí mismo hablándose, toma el camino de su choza donde ya le aguardan sus hijos cantando con algo de melancolía en la voz, canciones románticas. Cada vez que Juana, hija única, no sale á recibirle, porque según le dicen, la patrona pidió su ayuda, le vienen desánimos tremendos y después corajes que no sabe disimular.

¡Y vaya con Juanilla! No tiene rivales para eso de alustrar pecheras y enjear trapillos! Y luego, sus ojos negros y adormilados y... vamos! Llega la muchacha y todos á recogerse.

Al día siguiente á la misma hora corre Dionisio á Villahelada con su jamelgo castañuelo y quijarudo. Es querido y respetado sencillamente por su alma ruda como peña, pero como ella sin doblez. ¡Quién dirá que se ha tomado una oveja mesteña ó algún recental que salió escapado de la boyeriza! No proyecta sombras: su corazón en la obscuridad como diamante fúlgido se duerme y á la luz tiene irizaciones. Patriarca y muy patriarca de aquellas comarcas! Llega el santo de su nombre y empieza la degollina de la pollada. ¡Qué fiesta!

El hijo del dueño de aquellas tierras, de atraidorado mirar iba de cuando en cuando á ver al viejo que se quedaba murmurando:

—Al patroncito parece que alguno le está enseñando á cabestrear.

Y nada, que le rasguña un pensamiento. ¡Hum, hum! ¡Haya cosa!... Pero eso sí para encepar en mi ranchejo necesitan... hum!... garra y ojos muertos!

Y eran fundados sus temores. Juana huyó sin dejar huellas. Dionisio, cuando se lo dijeron, sintió que un roble quebró su nuca; resollaba igual que odre contra el viento. Respeto y gratitud le parecían frenos que ansiaba morder para hundirle su daga orinienta y fuerte al patroncito; en su conciencia estaba que la escondía él. ¡Quién había dicho que la fortuna domeñase á la virtud! ¡La ira le abrazaba el pecho igual que si se hubiera metido un leño ardiendo!...

Quién decía que Juana estaba en tal pueblo andrajosa y desaseada; quién que andaba en organdí envuelta y de su amor en la floridez. Iban sus hermanos infructuosamente á buscarla, y semanas y semanas escapaban!... De tarde, al hombro la hoz cachicuerna, el viejo pensaba; pensaba en aquella moza que le daba fuerzas y alegrías; en aquellas trenzas, en aquellos dulces ojos, hasta que un ardor en las pupilas, no calmado con lágrimas, le obligaba imperiosamente á dormir.

Debilitábase y comprendía que ya su mano firme no podía regir la manquera de un arado, y tuvo antes bríos para majar hierro y trozar una sogá. ¡Caramba, que sufría muchísimo!

Una tarde silenciosa, sentado en burdo pedrejón. miró venir al patroncito que montaba un potro recién amansado. El peso del caballo puso de punta un girasol seco, clavándosele al bruto en los ijares. Tal fué la corveta del animal, que salió el ginete incauto del fuste recogido y del estribo quedó pendiente. Júbilo maldito repicó esquilones broncos en el pecho de tío Nicho!

¡Canalla, que se rompa la cabeza! Pero al partir el caballo desbocado puso la hoz en el arzón que se trozó al empuje de la carrera. Levantó al muchacho y... cada uno siguió distinto rumbo!...

El viejo pensaba: se salvó; hice bien. ¡Acaso nunca durmió tan plácidamente como esa noche!

Al amanecer, cuando Nicho líaba sus legumbres, apareció el desbarbado patroncito llevando á Juana de la mano. Los ojos del viejo centellearon terribles como carbones soplados y se crisparon sus miembros como en calambre rápido. Espíritus de alcaravea y tomillo erraban en los aires, y hablaban muy bajo trigales y cañaveras.

—Dionisio, dijo el mozo, ayer me salvaste la vida; quiero ser tan honrado como tú. Hoy me caso con Juana; vine por tí para que nos acompañes. ¡Ya sé que has llorado mucho; pero se arreglará todo! ¡Vamos! y sin decir más, tomó la vereda que conduce al pueblo seguido de Juana y Nicho que atontado y mudo caminaba. En

la diluyente atmósfera gris perla dormían las cosas....

Llegaron brincando camellones. Avisado el cura, estaba esperando ya, y en la nave callada y desierta tuvo lugar la ceremonia. Cuando salieron, aún hacían chispear los cirios la estola del sacerdote que brillaba como húmeda, y no muy alto pasó aplaudiendo un vuelo de palomas....

Iba delante Juana, y al pisar el yerto cantorral, dijo el muchacho:

—Mira, Nicho, guarda estas escrituras de un terreno que regalo á Juana; y para que veas que soy tan honrado como tú, guarda este secreto: el hijo de Juana, es mi hermano; su padre, mi padre....

Y sin volver la faz, se dirigió á su hacienda cuyos contornos desblanquecidos aparecían ya!

